

taleció el ánimo. Dios que me habia dado suficiente salud en el tiempo de la enfermedad suya, porque mi asistencia le era necesaria, me la quitó, cuando él podía ya sostenerse con muletas. Me salieron varios tumores grandulosos que me hacian sufrir infinito; sanaron, y tras estos se siguieron dolores de pecho que ya otras veces habia experimentado, pero ahora me sufocaban mas que nunca, con vértigos y disenteria espasmódica.

Ha llegado mi turno, decia entre mí, ¿seré menos sufrido que mi amigo? Desde entonces procuré imitar su virtud en cuanto me era posible. No hay duda que toda condicion humana tiene sus deberes peculiares; los de un enfermo son la paciencia, el espíritu, y todos los conatos por no ser desagradable á cuantos le rodean.

Maroncelli con sus pobres muletas no tenia ya la agilidad de otras veces, lo que sentia, temiendo servirme menos bien, y que por ahorrarle movimientos y fatiga, no me valiese yo de sus servicios cuanto me era necesario. Ciertamente esto sucedia algunas veces, mas yo procuraba disimularlo.

Sin embargo de haber recobrado fuerzas, se resentia todavía mucho, pues padecia como todos las amputados sensaciones dolorosas en los nervios, como si viviese aun la parte cortada, doliéndole el pie, la pierna y la rodilla que ya no tenia. Alléguese á esto que el hueso habia estado mal aserrado, pene-

traba en las nuevas carnes, y causaba frecuentes llagas; solo fue pasado cerca de un año que el muñon se puso bastante endurecido, y no se abrió mas.

LXXXIX.

Nuevos males asaltaron al desdichado, y casi sin intervalo primeramente una artritis que empezó por las coyunturas de las manos, y en seguida le estuvo martirizando por varios meses toda su persona; despues el escorbuto, llenándole en breve el cuerpo de manchas lívidas que metian miedo.

Trataba yo de consolarme, pensando entre mí: puesto que es preciso morir aquí dentro, mas vale que haya venido á uno de los dos el escorbuto, pues es mal epidémico, y nos conducirá á la tumba, sino juntos, á lo menos á poca distancia de tiempo.

Nos preparabamos entrambos á la muerte, y estabamos tranquilos. Nueve años de cárcel y graves padecimientos nos habian al cabo connaturalizado con la idea del total desfallecimiento de dos cuerpos tan arruinados y deseosos de paz. Nuestras almas confiaban en la bondad de Dios, y creian reunirse ambas en parage en que cesan todos los enconos de los hombres, y en que pediamos se reuniesen tambien algun dia á nosotros aplacados aquellos que no nos amaban.

En los años anteriores el escorbuto habia hecho muchos estragos en estas prisiones ; por lo que el gobierno, cuando supo que Maroncelli adolecia de este terrible mal, tuvo miedo de una nueva epidemia escorbútica, y accedió á las intancias del médico, el cual declaraba no haber para el enfermo remedio eficaz sino el aire puro, y aconsejaba tenerle lo menos posible dentro de la vivienda. Yo como camarada de cuatro, y tambien enfermo de diserasia, gocé de la misma ventaja. Quedabamos pues fuera todo el tiempo que el sitio del paseo no estaba ocupado por otros, esto es, media hora antes de rayar el dia y hora y media despues, luego durante la comida si se nos antojaba, y en fin tres por la tarde hasta ponerse el sol ; esto era en los dias de trabajo, pues en los festivos como no habia paseo para los demas presos estabamos fuera desde la mañana hasta la noche, esceptuado el tiempo de la comida.

Otro infeliz de cerca de setenta años y de salud gastadísima fue agregado á nosotros, en la persuasion que un oxígeno mas puro le podia convenir: era D. Constantino Munari, amable anciano, aficionado con pasion á los estudios literarios y filosóficos, cuya sociedad nos fue del mayor agrado.

Queriendo hacer el computo de mi pena, no desde la época de la prision, sino de la de la condena, los siete años y medio cumplian en 1827 á principios

de julio, fechando desde la firma imperial de la sentencia, ó el 22 de agosto, ateniéndose á la fecha de su publicacion. Este término pasó como los demas, y se estinguió toda esperanza. Hasta entonces Maroncelli, Munari y yo haciamos algunas veces la suposicion de volver á ver el mundo, nuestra Italia, y á nuestros parientes, y esto daba materia á conversaciones llenas de deseo, piedad y amor.

Pasado agosto, en seguida setiembre y despues todo aquel año, nos acostumbramos á no esperar ya nada en la tierra, esceptuando la inalterable continuacion de nuestra recíproca amistad y la asistencia de Dios, para consumir dignamente el resto de nuestro largo sacrificio : ¡ Ah ! la amistad y la religion son dos bienes inestimables, pues embellecen hasta las horas de los presos para quienes ya no resplandece verosimilitud de gracia. ¡ Dios está verdaderamente con los desvalidos, con los desvalidos que aman !

XC.

Despues de la muerte de Villa, al abate Paulowich que fue hecho obispo, siguió por nuestro confesor el abate Wrba, móravo, catedrático del Nuevo

Testamento en Brünn, alumno distinguido del *Instituto sublime* de Viena.

Este instituto es una congregacion fundada por el célebre Frint, capellan de honor. Los individuos de tal corporacion son todos eclesiásticos, los cuales graduados ya en Teología siguen allí sus estudios bajo una severa disciplina, para llegar á poseer los mayores conocimientos posibles. La intencion del fundador fue admirable, á saber, esparcir continuamente una verdadera y vasta ciencia en el clero católico de Alemania, intencion que en general está perfectamente cumplida.

Wrba, viviendo en Brünn, podia dedicarnos mucha mas parte de su tiempo que Paulowich. Asi que, llegó á ser para nosotros lo que era el P. Bautista con la diferencia de que no le era lícito prestarnos ningun libro. Teniamos frecuentemente juntos largas conferencias, las que eran muy provechosas, á mi ver, á los sentimientos religiosos de que yo estaba animado, y sumo era el consuelo que de esto me resultaba. En el año de 1829 enfermó; despues teniendo que desempeñar otros cargos, no pudo continuar á vernos, lo que nos desagradó sobremanera; pero tuvimos la buena suerte que le reemplazó un hombre docto y distinguido, el vicario Ziak.

Entre cuantos sacerdotes *alemanes* nos fueron destinados, no nos tocó uno malo, ninguno que des-

cupriesemos querer servir de instrumento á la política (siendo esto tan fácil de descubrirse), todos ellos al contrario reunian los diversos méritos de mucha doctrina, de declaradísima fe católica, y de filosofía profunda. ¡O cuán respetables son tales ministros de la Iglesia! Estos pocos que yo conocí me hicieron concebir una opinion muy aventajada del clero católico alemán.

Tambien el abate Ziak tenia largas conferencias con nosotros. Él me servia de ejemplo para soportar con serenidad mis dolores, pues incesantes fluxiones de muelas, garganta y oídos le atormentaban, y no obstante esto estaba siempre risueño.

Entre tanto, el mucho aire puro hizo desaparecer poco á poco las manchas escorbúticas de Maroncelli, é igualmente Munari y yo estabamos mejor.

XCI.

Despuntó el dia primero de agosto de 1830: iban á hacer diez años que habia perdido la libertad, y ocho y medio de *carcere duro*. Era domingo. Fuimos como los otros dias de fiesta al acostumbrado recinto; miramos aun por encima de la empalizada

el valle hondo y el cementerio donde yacian Oroboni y Villa, hablamos aun del reposo que algun dia tendrian allí nuestros huesos, nos sentamos aun en el acostumbrado banco á esperar que las pobres presas viniesen á la misa que se decia antes de la nuestra, pues eran conducidas en la misma capilla en que ibamos nosotros á la misa siguiente, y que estaba contigua al paseo.

Es costumbre en toda Alemania que durante la misa el pueblo entona himnos en lengua vulgar. Como el imperio de Austria es pais misto de Alemanes y Esclavones, y en las prisiones de Espielberga el mayor número de reos comunes pertenecen á una ó á otra de estas naciones, los himnos se cantaban una fiesta en lengua alemana y otra en esclavonia. Asi en cada fiesta se predicán dos sermones, y se alternan ambos idiomas. Dulcísimo placer era para nosotros oír estos cánticos, y el órgano que los acompañaba.

Entre las mugeres habia algunas cuya voz penetraba hasta el corazon. ¡Infelices! algunas eran muy jovencitas. Un amor, unos celos, un mal ejemplo las habia arrastrado al delito. Me retumba aun en el alma su religiosísimo canto del *Sanctus*: *heilig! heilig! heilig!* Vertí aun aquel día una lágrima al oírle.

A las diez se retiraron las mugeres, y fuimos á nuestro turno á misa. Ví aun á aquellos compañeros

mios de infortunio que la estaban oyendo en la tribuna del órgano, de los cuales nos separaba solamente una reja, todos ellos descoloridos, consumidos, y arrastrando con fatiga sus cadenas.

Acabada la misa, volvimos á nuestros cuartos. A poco rato nos trajeron la comida: preparabamos nuestra mesa que consistía en poner una tablilla encima de la tarima, y tomar nuestras cucharas de palo, cuando el subintendente Wegrath entró en la prision.

— Siento turbar vuestra comida, dijo, tened la bondad de seguirme, está ahí el director de policia.

Como este solia venir por cosas molestas, como requisas ó averiguaciones, seguimos de muy mal humor al buen subintendente hasta á la sala de audiencia, en la cual encontramos al director de policia y al superintendente, y el primero nos hizo una venia mas graciosa que de costumbre. Tomó un papel en la mano, y dijo con voces truncadas, temiendo tal vez causarnos demasiada sorpresa si se espresaba con mas claridad.

— Señores... tengo el gusto... tengo el honor... de significar á vos... que S. M. el Emperador ha dispensado aun... una gracia... Y vacilaba en decirnos qué gracia era. Pensabamos que era alguna minoracion de pena como de eximirnos del aburrimiento del trabajo, de tolerarnos algunos libros mas, y alimentos menos repugnantes.

— ¿No comprendéis pues vos? dijo el director.

— No señor. Sirvaos vos esplicarnos qué especie de gracia es esta.

— Es la libertad para vosotros dos, y para un tercero que dentro de poco vos abrazareis.

Parecerá que este anuncio debería hacernos prorumpir en júbilo. Nuestro primer pensamiento corrió súbitamente á los parientes de quienes tanto tiempo hacia no teníamos noticia; y la duda que quizá no los encontraríamos ya en este mundo nos impresionó tanto que anuló el placer que podia suscitar nos el anuncio de la libertad.

— ¿Vos enmudeceis? dijo el director de policía. Aguardábame á veros locos de contento.

— Ruego á vos, respondí, de notificar al Emperador nuestra gratitud; mas si no tenemos noticia de nuestras familias, no podemos menos de recelar que nos faltan personas queridísimas, cuya incertidumbre nos oprime aun en el instante que debería ser de grandísimo alborozo.

Dió entonces á Maroncelli una carta de su hermano que le consoló; por lo que hace á mí, dijo que ninguna tenia de mi familia, lo cual me dió mas á sospechar, que habria sucedido en ella algun desastre.

— Volveos á vuestros cuartos, prosiguió, y dentro de poco os enviaré el tercero que está tambien indultado.

Fuimos y aguardamos con ansiedad á este tercero. Hubieramos querido que fuesen todos, pero no podia ser mas que uno. ¡Ojalá sea el pobre anciano Munari! ¡ojalá fulano! ¡ojalá zutano! Ninguno habia por quien no hacíamos ruegos. En fin la puerta se abre, y vimos que el compañero era D. Andrés Tonelli de Brescia. Nos abrazamos. No podíamos ya comer. Estuvimos hablando juntos hasta por la tarde, lastimándonos de los amigos que quedaban.

Al anochecer volvió el director de policía para sacarnos de esta infausta mansion. Nuestros corazones estaban arrasados en lágrimas, al pasar por delante de las prisiones de tantos individuos amados, sin que nos fuera posible conducirlos con nosotros. ¿Quién sabe por cuánto tiempo deberían todavía sufrir? ¿quién sabe cuántos de ellos debian quedarse allí víctimas de una muerte lenta?

Nos pusieron á cada uno de nosotros un capote de soldado en los hombros, y una gorra en la cabeza, y así con los mismos vestidos de galeote, pero desencadenados, bajamos el funesto monte, y fuimos conducidos á la ciudad en las prisiones de la policía.

Hacia hermosísima luna. Las calles, las casas, la gente que encontrabamos, todo me parecia tan agradable y extraño, despues de tantos años que no habia visto semejante espectáculo.

XCII.

Aguardamos en la cárcel de policía á un comisario imperial que debia venir de Viena para acompañarnos hasta las fronteras. En el ínterin, como nuestros baules habian sido vendidos, nos pertrechamos de ropa blanca y vestidos, y depositamos la vestimenta de cárcel. Al cabo de cinco dias llegó el comisario, y el director de la policía nos puso en poder suyo, entregándole al mismo tiempo el dinero que habiamos traído á Espielberga, y el que se habia sacado de la venta de los baules y libros, dinero que luego nos fue restituido en la raya, pues hicimos el viage á espensas del Emperador sin reparar en gasto ninguno.

El comisario era el caballero Von Noe, gentil-hombre empleado en la secretaría del ministro de policía. No podia habérsenos destinado persona de mas completa educacion; nos trató siempre con el mayor miramiento.

Partí de Brünn con una dificultad de respirar muy anhelosa, y el traqueo del coche acrecentó tanto mi mal que por la tarde apenas podia resollar, y se temia de un instante á otro quedase sofocado. Tuve ademas una ardiente calentura toda la noche, y el comisario estaba incierto á la mañana siguiente,

si yo podia continuar el viage hasta Viena; dije que sí, y partimos: la violencia del dolor era estrema, no podia comer, ni beber, ni hablar. Llegué á Viena medio muerto; nos dieron un buen alojamiento en la direccion general de policía; me metieron en la cama, llamóse á un médico, el cual mandó me hiciesen una sangría, y me sentí muy aliviado. Dieta absoluta y mucha digital fueron durante ocho dias mi curacion, y sané. El médico era el doctor Singer; tuvo conmigo atenciones verdaderamente amistosas. Tenia yo la mayor impaciencia de partir, tanto mas que habia llegado á nosotros la noticia de las *tres jornadas* de Paris.

En el mismo dia que se manifestó esta revolucion, el Emperador habia firmado el decreto de nuestra libertad. Cierto es que no le hubiera revocado ahora; pero no lo es menos, que existia bastante verosimilitud que siendo una posicion crítica para toda Europa, se temiesen movimientos populares en Italia, y no querria la Austria en este momento dejarnos repatriar. Estabamos bien persuadidos de no volver á Espielberga, pero teniamos temor que algunos sugiriese al Emperador de deportarnos á alguna ciudad del imperio lejos de la península.

Mostréme aun mas sano de lo que estaba, y supliqué se acelerase la partida. Entre tanto mi ardiente deseo era presentarme á S. E. el conde de

Pralormo, enviado de la corte de Turin en la de Austria, á la bondad del cual yo sabia de cuanto le era acreedor, pues se habia empeñado con la mas generosa y constante premura en obtener mi libertad, pero la prohibicion de ver á quien quiera que fuese no admitió escepcion. Apenas estuve convaleciente, nos hizo la fineza de mandarnos el coche por algunos dias, para que anduviesemos por Viena. El comisario tenia obligacion de acompañarnos, y de no dejarnos hablar con nadie. Vimos la bella iglesia de San Esteban, los deliciosos paseos de la ciudad, la villa inmediata de Lichtenstein, y por último la villa imperial de Schonbrunn. Mientras estabamos en las magnificas avenidas de esta última, pasó el Emperador, y el comisario nos hizo retirar, porque la vista de nuestras miserables personas no le entristeciese.

XCIII.

Partimos en fin de Viena, y pude tirar hasta Bruck, en cuyo parage el asma volvia á ser violento, llamamos al médico que era un tal Jüdmann, sugeto de los mas distinguidos modales, quien me hizo sangrar, quedar en cama y continuar la dederera. Al cabo de dos dias insté por que se prosiguiese el viage.

Atravesamos Austria y Estiria, y entramos en Carintia sin novedad; mas llegados á un lugarcillo llamado Feldkircken, poco distante de Klagenfurt, recibimos una contraórden. Debiamos detenernos aquí hasta nuevo aviso. Dejo imaginar cuán desagradable nos fue este acontecimiento; yo ademas por mi parte tenia el pesar de ser causa de tanto perjuicio á mis dos compañeros, siendo mi fatal enfermedad impedimento para que entrasen en su patria. Estuvimos cinco dias en Feldkircken, y aquí el comisario hizo cuanto pudo por recrearnos: habia un teatrillo de comediantes, y nos llevó á él; nos proporcionó un dia la diversion de una caza, pues nuestro huésped y algunos jóvenes del pais juntos con el propietario de un hermoso bosque eran los cazadores, y nosotros apostados en un parage á propósito gozabamos del espectáculo. Finalmente vió un correo de Viena con órden al comisario que nos condujese á nuestro destino. Nos alegramos de esta feliz noticia, mas al mismo tiempo temblaba que se acercase para mí el dia de un descubrimiento fatal, á saber, ; que no tuviese ya ni padre ni madre, ni quién sabe qué otros de los míos! Y mi tristeza aumentaba á proporcion que nos internabamos hácia Italia.

Por esta parte la entrada en esta nacion no es agradable á la vista, mayormente que se acaban de bajar las hermosísimas montañas de Alemania, y

se va á parar á las llanuras de Italia por largos caminos estériles y poco amenos, como que los caminantes que no conocen todavía nuestra península, y por ahí pasan, se rien de la magnífica idea que se habian hecho de ella, y recelan haber sido burlados por aquellos de quienes la habian oido ponderar tanto.

La aridez de este suelo contribuia á ponerme mas triste. El volver á ver nuestro cielo, el encontrar caras humanas de forma no setentrional, el oir en todas las bocas voces de nuestro idioma, me enternecia, sí, pero era una conmocion que me invitaba mas al llanto que á la alegría. ¡ Cuántas veces en el coche me cubria con las manos el rostro, aparentando dormir, y lloraba! ¡ Cuántas veces no pegaba los ojos en toda la noche, y me abrasaba en calentura, ya sea dando con toda el alma las mas ardientes bendiciones á mi dulce Italia, ya sea rindiendo gracias al cielo de haberme dejado regresar á ella, ya sea atormentándome de no tener noticias de mi casa, é imaginándome cosas aciagas, ya sea en fin pensando que dentro de poco seria forzoso separarme, puede ser para siempre, de un amigo que tanto habia sufrido al par mio, y tantas y tan repetidas pruebas de afecto fraternal me habia dado!

¡ Ah! ¡ tan prolongados años de sepultura no habian estinguido en mí la energía de sentir! ¡ mas esta energía era tan escasa para el júbilo, y tan

grande para el dolor! ¡ Cuánto pues hubiera deseado ver otra vez Udina y aquella posada en la que aquellos dos generosos amigos se habian disfrazado en criados, y nos habian apretado con disimulo la mano! Dejamos esta ciudad á nuestra izquierda, y pasamos adelante.

XCIV.

¡ Pordenone, Conegliano, Ospedaletto, Vicenza, Verona, y Mantua me recordaban tantas cosas! Del primer pueblo era natural un valiente jóven, amigo mio, muerto en los estragos de Rusia: Conegliano era el pais adonde los *secondini* de los *Plomos* me dijeron haber sido conducida la Zanze: en Ospedaletto se habia casado una criatura angélica é infeliz (ahora difunta) á quien hacia tiempo yo habia venerado, y veneraba todavía. Todos estos lugares en fin me traian á la memoria recuerdos mas ó menos afectuosos, y en Mantua mas que en ninguna otra ciudad, pues me parecia era ayer que habia venido con Lodovico en 1815, y con Porro en 1820. Las mismas calles, las mismas plazas, los mismos palacios, y ¡ tantas diferencias sociales! ¡ tantos conocidos míos arrebatados por la muerte! ¡ tantos

exilados! ; una generacion de adultos que habia visto yo en la infancia! ; Y no poder correr á esta ó á aquella casa! ; no poder hablar de tal ó cual con nadie! Y por colmo de dolor, Mantua era el punto de separacion entre Maroncelli y yo: ambos pernoctamos tristisimos, yo por mi parte estaba agitado como un delincuente en vispera de oír su condenacion.

Por la mañana me lavé la cara, y miré en el espejo si se conocia aun que habia llorado. Púseme, lo mejor que pude, de semblante tranquilo y risueño, dije á Dios una corta súplica, aunque á la verdad muy distraido; y oyendo que ya Maroncelli removía sus muletas y hablaba con el criado, fui á darle un abrazo. Ambos parecíamos llenos de aliento para esta separacion; nos hablabamos algo conmovidos, mas con voz firme. El oficial de gendarmería que debia conducirle á las fronteras de Romania llegó; fue forzoso partir; no sabíamos casi qué decirnos; un abrazo, un beso, otro abrazo mas. — Subió en el coche, desapareció, y yo quedé como aturdido.

Volví á mi aposento, me hiqué de rodillas y rogué por este mísero mutilado, separado de su amigo, y prorumpí en lágrimas y sollozos.

He conocido á muchos hombres escelentes, pero á ninguno mas afectuosamente sociable que Maroncelli, á ninguno mas educado en todos los miramien-

tos de urbanidad, mas esento de arrebatos de mal humor, mas constantemente memorioso de que la virtud consiste en continuos ejercicios de tolerancia, generosidad y cordura. ; O socio mio de tantos años de dolor, el cielo te bendiga dó quiera que tú respires, y te dé amigos que me iguallen en afecto, y me sobrepujen en bondad!

XCIV.

Partimos en la misma mañana de Mantua para Brescia: aqui fue dejado suelto el otro compañero de cautividad, Andrés Tonelli, cuyo infeliz supo allí haber perdido su madre, y sus desconsoladas lágrimas me partieron el alma.

Aunque angustiadisimo como yo estaba por tantos motivos, me hizo reír algo el suceso siguiente: encima de una mesa de la posada estaba un cartel teatral, le tomo y leo: *Francesca da Rimini*, opera per musica, etc.

— ¿De quién es esta ópera? pregunto al criado.

— Quien la ha puesto en verso, y quien en música, no lo sé, responde; pero de todos modos lo cierto es que es *Francesca da Rimini*, que todos conocen.

— ¿Todos? vos os equivocais, yo que vengo de

Alemania, ¿qué he de saber de vuestras *Francesche*?

El tal criado (era un jovencuelo de cara desdeñosa, verdaderamente Bresciana) me miró con un aire de despreciadora lástima.

— ¿Qué he de saber? No se trata, caballero, de *Francesche*, y sí de una sola y única *Francesca da Rimini*; quiero decir, la tragedia de Silvio Pellico. Aquí la han puesto en ópera, desmejorándola un poquillo, mas en resumidas cuentas es siempre la misma *Francesca*.

— ¡Ah! ¿Silvio Pellico? Me parece haberle oído nombrar. ¿No es esa bella alhaja que fue condenado á muerte, y despues á *carcere duro*, hace ya unos ocho á nueve años?

— ¡Ojalá que no hubiera hecho semejante broma! Pues como un azorado echó la vista á todos lados, luego me miró, rechinó treinta y dos hermosísimos dientes, y á no haber oído ruido, creo que me molía las costillas.

Marchóse gruñendo: ¿bella alhaja? Mas antes de mi partida descubrió quien yo era; de suerte que no atinaba ya á preguntar, ni á responder, ni á escribir, ni á andar, no sabia mas que clavar los ojos en mí, refregarse las manos, y decir á todos, sin qué ni para qué: *sior sí, sior sí*, que parecia que estornudaba.

Dos dias despues, el 9 de setiembre, llegué con

el comisario á Milan. Al acercarme á esta ciudad, al volver á ver la cúpula de la catedral, al repasar por la avenida de Loreto, en otro tiempo mi paseo tan frecuente y favorito, al entrar otra vez por la puerta oriental, y encontrarme de nuevo en la carrera, y volver á ver esas casas, esos templos, esas calles, esperimenté tan dulces como desabridos sentimientos, conviene á saber, un frenético deseo de detenerme algun tiempo en Milan, y abrazar á los amigos que pudiera encontrar aun, un infinito sentimiento pensando en los que habia dejado en Espielberga, en los que erraban en tierras estrangeras, y en los que habian muerto, una viva gratitud remembering el amor que me habian demostrado en general los Milaneses, algun ímpetu de desprecio contra algunos que me habian calumniado, mientras habian sido siempre el objeto de mi benevolencia y estima.

Fuimos á hospedarnos á la *Bella Venecia*. Aquí habia asistido tantas veces á alegres y amistosos convites, aquí habia visitado á tantos distinguidos forasteros, aquí una respetable dama de avanzada edad me solicitaba, mas en vano, á seguirla en Toscana, previendo, si yo quedaba en Milan, los desastres que me sucedieron. ¡O recuerdos lastimeros! ¡O pasado tiempo tan mezclado de placeres y dolores, y tan rápidamente desvanecido!

Los mozos de la fonda descubrieron al instante

quien era yo : corrió la voz , y por la tarde ví mucha gente pararse en la plaza y mirar á las ventanas. Uno (ignoro quien era) pareció conocerme y me saludó , alzando ambos brazos. ; Ah ! dónde estaban , pues , los hijos de Porro , los hijos míos ! ¿ Porqué no los ví ?

XCVI.

El comisario me llevó á la policía para presentarme al director. ; Qué sensacion al volver á ver esta casa , mi primera cárcel ! Cuántos tormentos vinieron en tropel á mi imaginacion . ; Ah ! me acordé con ternura de tí , o Melchor Gioja , y de los pasos precipitados que te veia dar arriba y abajo entre esas estrechas paredes , y de las horas que estabas inmóvil en la mesa , escribiendo tan nobles pensamientos , y de las señas que me hacias con el pañuelo , y de la tristeza con que me mirabas , cuando te fue prohibido hacérmelas ! ; Y pensé en tu tumba , tal vez ignorada del mayor número de los que te amaron , como lo habias sido por mí ! ; é imploré paz á tu espíritu ! Acordéme tambien del mudito , de la patética voz de Magdalena , de mis palpitations de compasion por ella , de mis vecinos los ladrones , del supuesto Luis XVII , del pobre

reo que se dejó coger la esquila , y creí haberle oido gritar cuando le dieron de palos.

Todas estas y otras memorias me oprimian como un sueño congojoso , pero mucho mas todavía la de las dos visitas que allí me hizo mi pobre padre , diez años antes ; Cómo el buen anciano se alucinaba esperando que muy luego podia ir á juntarme con él en Turin ! ; Hubiera él soportado la idea de diez años de encarcelacion á un hijo , y de tal encarcelacion ? Mas cuando se desvanecieron sus ilusiones , ¿ habrá tenido él , habrá tenido mi madre fuerzas para resistir á tan traspasado dolor ? ; Érame dado aun volverlos á ver á entrambos ? ¿ ó quizá á uno solo de los dos ? ¿ y cuál ? ; O duda anhelosa y siempre renaciente ! Estaba , como quien dice , á las puertas de casa , y no sabia aun si los padres vivian , si existia siquiera uno de mi familia.

El director de policía me acogió con afabilidad , y permitió que me quedase en la *Bella Venecia* con el comisario imperial , en vez de hacerme custodiar en otra parte. No se me concedió con todo mostrarme á nadie , y por lo mismo me determiné á partir en la mañana siguiente. Obtuve solamente ver al Consul piemontés para preguntarle por mi familia. Hubiera ido á su casa , mas como tenia calentura y debia guardar cama , le mandé á decir tuviese la bondad de venir á verme. En efecto no se hizo aguardar , lo que le agradecí infinito. Dióme